



CAPITULO IX

Martirio de San Narciso

Acercábase el momento en que el valeroso apóstol de España y Alemania iba á recibir, en recompensa de su ímprobo trabajo, la corona de eterna gloria que el Señor le tenía preparada en el reino de los cielos. Su misión estaba cumplida y sólo le faltaba obtener la palma del martirio por él tan ardentemente deseada.

En el capítulo precedente queda ya indicado el anhelo de la muerte del glorioso Obispo que de consuno abrigaban sus descarados enemigos y sus encubiertos adversarios; veamos ahora cómo unos y otros se pusieron en combinación para realizar su común perverso intento.

Por lo que dejamos dicho en el decurso de nuestra narración, puede el lector formarse idea del triste estado á que debían verse reducidos los cristianos de Gerona en aquellas aciagas circunstancias. Es regular

y muy probable que se hallaba derruida la capilla ó templo público dedicado á la Santísima Virgen, que, según opinión de los mejor reputados cronistas, era sede episcopal y estaba edificada dentro de los muros de la ciudad, en el mismo sitio que actualmente ocupa nuestra magnífica Catedral; el culto cristiano proscrito por los decretos imperiales; los fieles que se atrevían á hacer exterior manifestación de sus creencias, perseguidos y martirizados, y el Pastor amantísimo de la cristiana grey gerundense, precisado á huir de la luz del día y buscar lugares escondidos para reunir al pueblo y hacerle partícipe de los sagrados misterios, tomando para ello todas las precauciones posibles á fin de ocultarlo á la vista de los feroces sicarios del paganismo.

En las afueras de la parte septentrional de la ciudad, á corta distancia de la puerta que todavía existe, comunmente conocida por *Sobre-portas*, estaba emplazado, según las mejor fundadas conjeturas, el cementerio de los cristianos, en el mismo sitio que ocupa la ex-colegiata iglesia de San Félix (1), donde estaban sepultados los innumerables mártires de la entonces reciente perse-

(1) Según otros autores, había en aquel sitio una casa con su jardín ó huerta de recreo, por el estilo de las *villas* romanas, de la cual se había utilizado una parte para capilla ú oratorio.

cución de que hemos hablado. No pudiendo utilizarse el derruido templo que poco antes indicamos, es verosímil que, insiguiendo la costumbre observada por los cristianos de aquel tiempo, los fieles se reuniesen allí con su Obispo, en alguna cripta ó subterráneo ignorado de los profanos y convertido en más ó menos espacioso templo, según lo permitía el lugar y las circunstancias de aquella calamitosa época. Allí se ocultó por algún tiempo la reunión de los que profesaban y sostenían la fé de Jesucristo, hasta que su concurrencia llamó la atención de los fanáticos adversarios del Cristianismo. Concibióse primero alguna sospecha, inquirióse luego lo que allí pasaba, y no tardaron los malvados en tener conocimiento de todo, tomándose por fin la resolución de acabar de una vez con lo que unos detestaban por odio sectario y otros miraban como un peligro de que volviese á alterarse la pública tranquilidad ó recrudesciese la persecución ya un tanto reducida.

Preparada insidiosamente una indigna sorpresa y llegado el día en que se resolvió llevarla á cabo, apostáronse algunos en las sombras de la noche para espiar el momento oportuno de realizarla, teniendo de antemano dispuestos los malvados que se prestaron á ejecutar acción tan villana.

San Narciso entró como de costumbre en

la capilla, y poco á poco fuéronse reuniendo en ella los cristianos, que aquel día acudieron, segun verídica tradición, en bastante número. No bien se hubo preparado lo conveniente para el santo sacrificio de la Misa y cuando se disponía el santo Obispo á celebrarla, asistido de su diácono Félix, invadieron los asesinos el cementerio, forzando sus puertas, y dirigiéndose á la capilla, se precipitaron en ella con estrepitoso tumulto y llenaron de insultos á cuantos oraban ante el sagrado altar, prorrumpieron en horribles blasfemias y dirigieron al Santo los más injuriosos dicterios. En medio de tal confusión, los malvados se abalanzaron sobre él y, arrebatándole del altar, le infirieron tres profundas heridas, una en el hombro, otra en la garganta y otra en el tobillo; degollaron bárbaramente al diácono y sembraron la desolación y la muerte entre los fieles allí congregados, que uno á uno fueron cayendo á los despiadados golpes de aquella horda de viles foragidos.

Los autores que relatan el martirio de nuestro Santo, aparte de la indicada discrepancia que en ellos se observa respecto de las circunstancias del lugar, aparecen todos en lo fundamental del hecho puntualmente conformes, de modo que acerca del género de muerte que recibió San Narciso no cabe la menor duda; pero luego añaden unos, si-

guiendo el texto de las Actas de la conversión de Santa Afra, que á consecuencia de las tres heridas que recibiera como confesión de la Santísima Trinidad, *in confessione Trinitatis*, murió allí mismo entre sus amados hijos, quedando todos sepultados bajo las ruínas de aquella especie de catacumba; mientras los demás, ateniéndose á lo que se lee en el citado Compendio, en que se le supone solamente "ensangrentado con lentas heridas", *infideles... gladio percusserunt et lentis vulneribus cruentatum reliquerunt*, entienden que no espiró allí mismo, sino que, recogido por los cristianos, falleció después en otro lugar y pasado algún tiempo, á consecuencia de las heridas que había recibido. De cualquier modo que fuese, sábese que los cristianos dieron á su glorioso cuerpo decente sepultura, bien que procuraron esconderla en sitio seguro, con objeto de preservarla de la profanación de los despechados enemigos.

De esta manera coronó el Señor al esforzado atleta del Cristianismo, al celoso apóstol, al intrépido confesor de Jesucristo. En vida obtuvo la recompensa de ver ya el feliz resultado de su obra y regocijarse en los abundantes frutos de su incansable predicación, de sus trabajos apostólicos, de sus fatigas y sudores; y por fin recibió de Dios, como condigno premio, la palma del marti-

rio y con ella la brillante corona de gloria que ciñe en el cielo por toda la eternidad.

Con lo dicho hasta aquí podríamos dar por terminado el trabajo de recojer noticias relativas á la vida de San Narciso; pero creemos oportuno añadir todavía algunos datos curiosísimos, que por referirse á hechos posteriores á su martirio y haber indudablemente sido causa de su celebridad en los anales de la historia eclesiástica, y muy particularmente en la historia de nuestra patria, no dudamos que han de parecer al lector sobre manera interesantes. Antes, empero, de emprender su breve reseña, que formará el objeto de los tres siguientes capítulos con que intentamos terminar este desaliñado libro, han de permitírse nos cuatro palabras acerca del tiempo en que acaeció el martirio de nuestro santo Patrono.

Como efecto sin duda de la escasez de noticias auténticas que desde un principio hemos lamentado, obsérvase notable diversidad y no poca confusión en este punto entre los escritores que han de guiarnos en esta y semejantes disquisiciones históricas. Tamayo de Salazar, en su *Martirologio*, pone la muerte de nuestro Santo en el año 277, suponiendo que fué durante la persecución de Aureliano. Lo mismo resultaba del antiguo Martirologio de que usaba la Iglesia en el rezo litúrgico solemne. En las leccio-

nes antiguas del rezo de San Narciso, tomándolo sin duda de una inscripción puesta en el sepulcro que guardaba su venerando cuerpo antes de su traslación al altar y capilla que hoy ocupa, se dice que murió en el año 297. El cardenal Baronio en sus anales y Pujades en su Crónica universal de Cataluña fijan como época de su muerte el año 303, y dicen que fué bajo el gobierno de Daciano, en lo que no están conformes Marco Velsero y los Bolandistas, quienes, admitiendo como muy aproximada la época, sostienen sin embargo, y en ello se conforman con el actual Martirologio romano, que fué durante la persecución de Diocleciano, *in persecutione Diocletiani*.

En medio de tanta confusión de fechas, es no obstante facilísimo fijar con gran probabilidad de acierto la verdadera época de aquel martirio. Si se tiene en cuenta lo que dejamos sentado en los apartados tercero y cuarto del capítulo III, acerca de la persecución de Aureliano; lo que en el capítulo IV hemos referido respecto del tiempo en que se desarrolló y sostuvo la persecución de Diocleciano; la época en que San Narciso regresó de Alemania, según lo dicho en el capítulo precedente; si además se atienden las circunstancias de que el Martirologio romano, con el que concordaba Tamayo, ha sido corregido con arreglo á la referida data

del cardenal Baronio, que la citada inscripción del antiguo sepulcro es documento de poca autoridad por su fecha relativamente reciente, como que data sólo del siglo XIV (año 1328), según afirma el P. Relles, conceptuándolo todavía más moderno el P. Roig y Jalpí, y que los autores más cercanos á nuestro siglo, después de buscada y depurada la verdad en los más autorizados documentos así de la antigüedad como de los cronistas posteriores, se han visto precisados á situar la época de los últimos hechos de San Narciso dentro de la primera década del siglo IV, no puede ya haber la menor duda de que su martirio debió acaecer en el año 307, como así se desprende lógicamente de la coordinación de los hechos que hasta aquí hemos venido refiriendo.

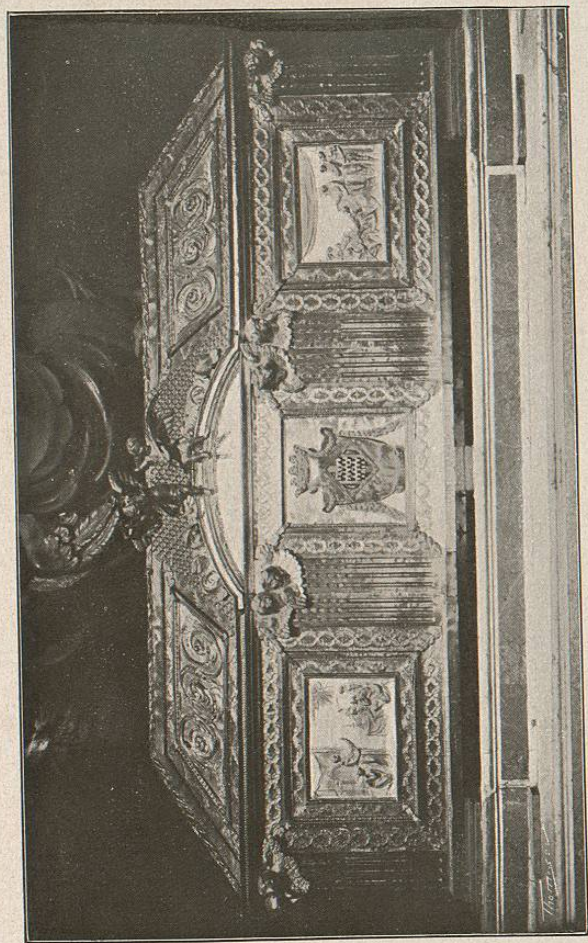
Por lo que toca al día de la pasión de San Narciso, nada es posible sacar en claro: es una circunstancia que se ignora por completo, y bien clara y terminantemente lo dijo el obispo Berenguer Wifredo en su mencionada carta dirigida á la iglesia de Augsburgo: "Merced á la irrupción de los paganos, dice el ilustre Prelado, á la devastación que ellos trajeron á nuestra iglesia y á la ruína que causaron en nuestro territorio, hemos perdido el libro de la pasión de nuestro Santo y la noticia del día de su muerte, sin esperanza de recobrarlo." Con todo, añade, "aquí

celebramos cada año con toda solemnidad la fiesta de su muerte el día cuarto de las calendas de Noviembre, y la de su traslación el día quinto de las calendas de Octubre." De modo, que en el siglo XI, en que se escribió esta carta, se celebraban en Gerona dos fiestas de San Narciso; la de su muerte en 29 de Octubre, y la de su traslación en 27 de Setiembre, que son los días á que respectivamente corresponden los de dichas calendas. Esto es lo único que se ha podido averiguar.

De entonces acá, nótase en la iglesia gerundense una novedad, y es la introducción de otra fiesta de San Narciso que anualmente se celebra en 18 de Marzo y es vulgarmente conocida por *Vot de Sant Narcís* en nuestro idioma catalán. A tenor de esta denominación, podría creerse que en algún tiempo se hubiese hecho público voto ó promesa de la celebración de tal fiesta; pero no es así, ó por lo menos no hay de ello noticia. Los antiguos martirologios anteriores al romano, como son el de Lubech, el de Greveno, el de Usuardo adicionado por Solerio, y otros, ponían invariablemente la muerte ó tránsito de San Narciso en el referido día 29 de Octubre, conformándose con la práctica inmemorial seguida en nuestra iglesia gerundense; pero, después, cuando el Martirologio romano se presentó comentado, con va-

rias enmiendas y anotaciones, principalmente del cardenal César Baronio, y apareció consignada en él la memoria de nuestro Santo al día 18 de Marzo, tal como está actualmente, sin que sea fácil averiguar el motivo de esta variación (1), el Ilmo. Don Jaime Casador, obispo de Gerona, á petición del Jurado y Consejo de la propia ciudad y con el fin de conformarse con lo establecido en la sagrada liturgia, mudó la fiesta que desde remotísima época venía celebrándose en 29 de Octubre, poniéndola en dicho día designado por el Martirologio. Pero, habiendo esta variación redundado en menoscabo de la devoción y culto del Santo, otro obispo de Gerona, el Ilmo. Don Francisco Arévalo de Zuazo, deseoso de reavivar la decaída fiesta y mediando también instancia de los Jurados y Consejo de la ciudad, trató de restablecerla en su primitivo día; y no atreviéndose á introducir tal innovación por su sola autoridad, solicitó de la Santa Sede la debida autorización, que obtuvo, como consta en una carta del mencionado cardenal Baronio dirigida al propio Prelado con fecha 24 de Junio de 1601, existente en el archivo epis-

(1) El erudito Romaguera, en su *Glosa* al lib. I, tit. I, cap. 3 de los *Sinodales Gerundenses*, parece atribuir este cambio á la circunstancia de haberse conmemorado en algún tiempo el día 18 de Marzo como aniversario de traslación del sepulcro ó del cuerpo de San Narciso,



CUBIERTA DE PLATA DEL ACTUAL SEPULCRO DE SAN NARCISO

copal de Gerona, en la cual dice el eminentísimo purpurado “que, si bien se había variado con justa causa el día de la celebración de la fiesta de San Narciso para conformarse con el Martirologio romano, no obstante, por haberse de ahí seguido menoscabo en el culto y devoción del Santo, convenía Su Santidad en que se celebrase, como antiguamente, en 29 de Octubre; pero que, sin embargo, no dejase de hacerse particular memoria al Santo en el día que lo celebra el Martirologio (1).” De todas estas circunstancias, á las que se refiere un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos existente en dicho archivo episcopal y continuado al fin de las *Sinodales Gerundenses*, proviene la costumbre todavía observada por la Santa Iglesia de Gerona de celebrar las dos fiestas de San Narciso (2).

(1) Así se lee en la citada *Colección* del Dr. Dorca, Cap. IV, § IV, núm. 35.

(2) En la fiesta del 18 de Marzo, se celebra todos los años una sencilla procesión en honor de San Narciso, que sale de la Catedral por la tarde después del rezo solemne de las horas canónicas y sigue el curso ordinario de las procesiones generales. Según el P. Relles, fué instituída en 1589 y se celebraba con gran solemnidad en reconocimiento al Santo por haberse librado milagrosamente, por su intercesión, esta ciudad de una terrible peste que en aquella época afligió á otras muchas poblaciones.